



LA CONCIENCIA JUDÍA EN EL AIRE*

E. M. FORSTER

NOTA PRELIMINAR Y TRADUCCIÓN DE JAVIER ALCORIZA

P. N. Furbank y J. J. H. Haskell, los entrevistadores de E. M. Forster para *The Paris Review* en 1939, destacan en su nota preliminar que el lector debe imaginar la actitud del señor Forster, “extremadamente solícito, pero firme, conciso y, sin embargo, esquivo, como si dosificara las sorpresas: inesperadamente, se desvía un poco, responde con frases breves seguidas de amenas acotaciones, a menudo muy interesantes, pero difícilísimas de reproducir”. A mi juicio, en estas pocas páginas sobre la conciencia judía, queda impresa la actitud de Forster, su felizmente inescrutable carácter literario. Sin embargo, dice Forster a sus entrevistadores que, contra lo que suele imaginarse del arduo esfuerzo creativo, escribir era para él un motivo de deleite. Añadamos que sus novelas, todas ellas maravillosamente adaptadas al cine –*Pasaje a la India* (David Lean, 1984), *Una habitación con vistas* (James Ivory, 1985), *Maurice* (James Ivory, 1987), *Donde los ángeles no se aventuran* (Charles Sturridge, 1991), *Regreso a Howards End* (James Ivory, 1992)—, dan fe de ello. Lectores y espectadores pueden seguir agradecidos por su devoción a un placer estético no ajeno al desafío ético que supone no hacer de la pretensión intelectual el fulcro de nuestras apreciaciones. E. M. Forster fue en 1934 el primer presidente del Consejo Nacional para las Libertades Civiles en Inglaterra y Gales, entre cuyos socios fundadores figuraban H. G. Wells, Vera Brittain, Clement Attlee, Rebecca West y Harold Laski. Las páginas que aquí ofrecemos, como un quicio entre el momento sangrante en que fueron escritas y nuestro agitado presente, permiten vislumbrar la ironía indispensable para concebir un horizonte de libertad imaginativa más allá del umbral de nuestros prejuicios.

* E. M. FORSTER, *Selected Writings*, ed. de G. B. Parker, Heinemann Educational Books, Londres, 1968, pp. 76-79.



Hace mucho, mucho tiempo, durante el reinado de la reina Victoria, asistí a dos escuelas preparatorias. En la primera de ellas, se consideraba una vergüenza tener una hermana. Cualquier niño que tuviera una era objeto de burlas. Se corría la voz: “Oh, chicos, ¿habéis visto a la hermana de los Picktoe?”. Los chicos se tambaleaban con movimientos laterales, gritando “¡qué asco!” y fingiendo desmayarse de horror, mientras que los Picktoe, que hasta entonces se habían mantenido socialmente a pesar de su apellido, se veían desterrados al desierto, donde lloraban con los Minor, compartiendo la misma vergüenza. Naturalmente, cualquiera que tuviera una hermana la ocultaba lo más posible y le prohibía sentarse con él en una entrega de premios o hablar con él, excepto de pasada y de manera muy formal. La opinión pública no era dura al respecto, pero era bastante clara. Las hermanas eran una vergüenza. Yo lo superé bien, porque tenía la conciencia tranquila y, aunque de vez en cuando se presentaban cargos contra mí, siempre fracasaban.

En mi segunda escuela la cosa fue muy diferente. Allí, las hermanas eran insignificantes, pero era una vergüenza tener madre. La madre de Crabbe, la madre de Gob, ¡puaj! No había palabras demasiado fuertes, ni sonidos demasiado estridentes. Y como las madres en esa etapa de la vida son más comunes que las hermanas, y también menos dóciles, el ambiente de esta escuela era menos agradable y el sentimiento de culpa más fuerte. Casi todos los niños tenían una madre en un armario, y se producían revelaciones espantosas. Un niño se ponía enfermo y una madre se abalanzaba sobre él y se lo llevaba en un taxi. Llegaba un paquete con la inscripción “De mamá para su querido”. Muchos intentaban desviar las sospechas mostrándose agresivos y echando a las madres sobre los débiles. Uno o dos, que eran buenos en los juegos y gozaban de gran popularidad, adoptaron una actitud realmente heroica, reconocían a sus madres descaradamente e incluso se les veía paseando con ellas por el campo de juego, como el rey Carol con Madame Lupescu. Admirábamos a esos chicos y los envidiábamos, pero no nos atrevíamos a imitarlos. El margen de seguridad era demasiado estrecho. Se estableció la convención de que una madre era sinónimo de deshonor, y ningún triunfo individual podía revertir esto.

Esas escuelas preparatorias me prepararon para la vida mejor de lo que pensaba, ya que, tras haber pasado por dos sociedades imbéciles, una consciente de las hermanas y otra consciente de las madres, ahora me invitan a entrar en una tercera. Se me pide que considere si las personas con las que me encuentro y de las que hablo son o no judías, y que no me forme una opinión sobre ellas hasta que se haya resuelto esta cuestión fundamental. ¡Qué tontería tan repugnante! Ni la ciencia, ni la religión, ni el sentido común tienen nada que decir a su favor. De todos modos, la conciencia judía está en el aire, y queda por ver hasta qué punto logrará envenenarlo. No creo que volvamos a introducir guetos en Inglaterra; no lo diría con certeza, ya que nadie sabe qué maldad

puede desarrollarse en su país o en sí mismo si cambian las circunstancias. No creo que nos volvamos salvajes. Pero sí creo que nos volveremos tontos. Muchas personas ya lo han hecho. Hoy en día, el hombre medio sospecha que las personas que no le gustan son judías, y se sorprende cuando las personas que le gustan son judías. Habiendo sido gentil en mi primera escuela preparatoria y judío en la segunda, sé de lo que hablo. Sé cómo funciona el veneno, y también sé que, si el hombre medio es alguien en particular, es un niño de escuela preparatoria. A simple vista, las cosas no parecen tan malas. Los laboristas y los liberales se comportan con la decencia esperada y denuncian la persecución, y la respetabilidad suele seguir su ejemplo. Pero bajo la superficie las cosas no son tan buenas, y cualquiera que mantenga los oídos abiertos en los vagones de tren, los pubs o los caminos rurales puede escuchar una historia muy diferente. Se ha sacado a relucir un lado desagradable del carácter de nuestra nación: el lado risueño. Las personas que no maltratarían a los judíos, que ni siquiera serían groseras con ellos, disfrutan riéndose de sus desgracias; se ríen cuando alguien más lleva a cabo pogromos y profana sinagogas. “Se lo merecen, los judíos”. Esto es desagradable de leer, pero cualquiera que se moleste en salir de su pequeño rincón ilustrado descubrirá que es cierto. El gran argumento nórdico, “es un maldito capitalista, así que debe de ser judío y, como es judío, debe de ser rojo”, ya se ha arraigado en nuestras gasolineras y granjas. Los hombres lo emplean con más frecuencia que las mujeres, y los jóvenes con más frecuencia que los mayores. La mejor manera de refutarlo es decir con desdén: “Eso es propaganda”. Cuando se repite varias veces que “eso es propaganda”, las risitas cesan, porque a nadie le gusta pensar que le han tomado el pelo. Hay otra respuesta más intelectual, pero que requiere más valor. Es decir: “¿Estás seguro de que tú no eres judío? ¿Sabes quiénes eran tus ocho bisabuelos? ¿Puedes jurar que los ocho eran arios?”. Por supuesto, lo mejor sería mantener la calma y razonar, pero eso no funciona en el mundo actual mejor que en mis escuelas preparatorias. La única forma eficaz de combatir la estupidez es con una estupidez más inteligente. La judeofobia fue el único mal que nadie predijo al final de la última guerra. Se vislumbraban y se podían vislumbrar todo tipo de problemas: el nacionalismo, la lucha de clases, la división entre ricos y pobres, la degradación general de los valores culturales. Pero, que yo sepa, ningún profeta había previsto este horror antijudío, mientras que hoy en día nadie ve el final. Hubo advertencias, por supuesto, pero no parecían más ominosas que un poema de Hilaire Belloc. En la India, en 1921, un coronel me prestó *Los protocolos de los sabios de Sión*, y era tan obviamente falso que no me causó preocupación alguna. Había olvidado mis escuelas preparatorias y no me di cuenta de que estaban a punto de cobrar importancia. Para mí, el antisemitismo es ahora lo más impactante de todo. Está destruyendo mucho más que a los judíos; está atacando la mente humana en su origen e invitándola a crear categorías falsas antes de ejercer el juicio. Estoy seguro de que venceremos. Pero llevará mucho tiempo. Quizás deban pasar cien años antes de que los hombres puedan recordar la mentalidad de 1918, o puedan decir con el profeta Malaquías: “¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios?” Por el momento, lo único que podemos hacer es plantarnos y evitar que la estupidez se convierta en locura.